

- Tarde de recuerdos -



Catalina y Dolores Martínez García

Tarde de invierno en Villa Allende. Dos hermanas disfrutando de su mutua compañía y una gran caja de fotografías sobre la mesa. Excusa perfecta para ir enhebrando recuerdos de toda una vida.

Las Martínez García nacieron en Cieza: Catalina el 15 de abril de 1946, y Dolores el 31 de agosto de 1948. Sus padres eran de este pueblo, pero al tiempo la familia se trasladó a estas tierras en busca de nuevos horizontes.

El abuelo Martínez García era maestro mayor de obras y viajó sólo a Argentina. En Cieza quedaron su pequeña hija y su esposa embarazada. Pero Juan Bautista, el padre de Catalina y Dolores no pudo esperar. Nació el 19 de marzo de 1914, mientras su padre trabajaba en Argentina, país lejano hasta ese momento.

Luego de cuatro años de separación la abuela, valiente y decidida, emprendió viaje con sus dos hijos hacia el lugar donde estaba su marido... ¡La familia debía estar junta!

Se instalaron en el barrio San Vicente de la ciudad de Córdoba, donde nació un nuevo integrante de la familia. Al poco tiempo la familia Martínez García decidió trasladarse a la ciudad cordobesa de La Calera. El más pequeño se había enfermado de tuberculosis y dicho lugar era recomendado por su particular clima.

El padre de Catalina y Dolores, Juan Bautista, era muy estudioso y a los 17 años decidió volver a España para cumplir con el Servicio Militar y terminar sus estudios. En el lapso de tres años se recibió de maestro y de bachiller y durante la guerra llegó a ser Teniente de las tropas franquistas.

La madre de las Martínez García, Amparo García Rodríguez, nació el 24 de junio de 1914 también en Cieza. Su familia tenía una posada en el pueblo y durante la guerra civil ella quedó a cargo del negocio. Catalina y Dolores recuerdan que su madre era una mujer audaz y de carácter. Siempre les contaba a sus hijas las penurias que sufrieron durante la guerra: la comida escaseaba y estaba racionada. Sin embargo, de esa época

también surgen historias desconcertantes, que ambas hermanas recuerdan entre sonrisas. Amparo intentó enviarle noticias a un cuñado que estaba detenido, y para ello metió un mensaje adentro de una cebolla. El recado no llegó, y ella fue descubierta y encarcelada. En la cárcel, dormía en el suelo pero su cuñado cruzó todo el pueblo con un colchón sobre los hombros para que Amparo pudiera dormir cómoda.

Catalina y Dolores no dejan de hilvanar historias de sus padres. Juan Bautista perseguía a Amparo todo el tiempo declarándole su amor, y ahuyentándole todos los mozos que intentaban acercarse a ella. Amparo siempre decía “me ganó por cansancio”. Después de nueve años de noviazgo, y una vez terminada la guerra, se casaron. Amparo no quiso casarse antes “para no quedar viuda y con algún crío”.

Nacieron Catalina y Dolores, y con ellas la familia quedó formada. Entre nostalgias aparece su casa de Cieza: estaba en el centro de la ciudad, tenía un living con cortinado de terciopelo rojo, un comedor grande con hermosos muebles con cristalería y porcelana, una cocina grande, y dos dormitorios.

Las hermanas iban al colegio en doble turno, y disfrutaban acompañando a su madre a la iglesia, pero su padre, Juan Bautista, no iba con ellas, “él era evangélico y sufrió mucho por ello. Se reunía en casas de familia escondidas, porque en ese entonces los no católicos eran perseguidos”, cuentan conmovidas las hermanas.

Catalina y Dolores no dejan de recordar los tiempos de niñas en Cieza. En el pueblo los juegos en la calle no faltaban. Siempre estaban en la vereda con un gran grupo de amigos. “¿Te acuerdas de Josefina y de los chicos de la panadería?”. “¡Cómo no! ¡Uno de ellos corriendo por casa tiró el teléfono y lo rompió!”

En España diferentes lugares colorearon la infancia de las hermanas. Cartagena era un destino que con frecuencia la familia elegía. Allí vivía el padrino de Catalina que era marino, y fue un lugar lleno de fantasías para las niñas. También recuerdan con nostalgia Albacete, donde iban a visitar a su tío que trabajaba en el ferrocarril. El verano era la época más soñada y deseada por todos. Toda la familia, junto a tíos y primos viajaban a la playa en Águilas. Disfrutaban de un mes de mar, de calor, de juegos y reuniones que nada podía reemplazar.

Los recuerdos siguen acudiendo en tropel a la memoria de las hermanas, mientras revuelven fotografías: las fiestas típicas de la zona, “¡Cómo olvidar Semana Santa! Todos íbamos a ver el paso de la Procesión desde el piso alto de la casa de nuestra abuela materna. Los encapuchados eran los más esperados por nosotras porque repartían caramelos”. Otra fecha tradicional de Cieza era en agosto “La Fiesta de la Traca”. Catalina y Dolores no pueden olvidar los hermosos fuegos artificiales que llenaban de luz y música el pueblo. “Mamá siempre me decía que era ruidosa como la Fiesta de la Traca, porque nació en agosto”, cuenta Dolores.

La familia Martínez García había crecido en Cieza, pero Juan Bautista extrañaba a sus padres que aun vivían en Argentina. Con esfuerzo logró viajar a este país y visitó a los suyos. Su padre y hermano ya habían fallecido, pero su madre y su hermana Anita continuaban viviendo en La Calera. Desde allí Juan Bautista escribía largas y emotivas

cartas a Amparo, Catalina y Dolores, tratando de convencerlas de radicarse en Argentina. Aunque la nueva nación presentaba posibilidades de una mejor vida, sin persecuciones religiosas que arriesgaban la vida de su marido, Amparo no se decidía. Toda su familia estaba en Murcia, y no se resignaba a dejarlos y a, quizás, no volver a verlos.

Luego de su viaje a Argentina, Juan Bautista regresó a España con el anhelo de emprender una nueva vida en estas tierras lejanas. Así, cuatro años más tarde, frente a ciertas dificultades que experimentaron, la familia se vio obligada a dejar “su Cieza”, y emprender el viaje definitivo hacia Argentina.

¡El equipaje era enorme!, recuerdan las hermanas. Grandes cantidades de baúles y maletas con fuelles acompañaron a la familia al puerto. Catalina asegura: “No dejamos nada en casa... ¡si hasta trajimos las cortinas rojas! Mamá también traía dos máquinas de coser *Singer* desarmadas, que escondió entre la ropa. Hoy, a pesar de los años sigo cosiendo con una de ellas. Y qué decir de los baúles... los conservan nuestros hijos”, comparte Catalina.

Salieron del puerto de Barcelona el 28 de junio de 1954 en el “Augusto”, buque de bandera italiana, y cuyo mellizo, el “Julio César”, hacía el trayecto inverso. La familia ocupaba un camarote de tercera clase para cuatro personas. Ambas hermanas pasaron la travesía comiendo carne con papas pisadas, “porque las otras comidas no nos gustaban”.

De repente, entre las fotos aparece un “Diploma” que les entregaron cuando cruzaron el Ecuador, y vuelven a su memoria las hermosas fiestas que se hacían en el barco. En un momento en alta mar, se cruzaron con el “Julio César”. Ambos barcos se saludaron tocando sirena e intercambiando fuegos artificiales. Un recuerdo menos grato es el del paso por el Estrecho de Gibraltar, -“El barco se movía muchísimo, y nos hicieron colocar los chalecos salvavidas que nos apretaban el cuello y la sirena sonando sin cesar...fue una gran susto”.

Las hermanas siguen repasando el viaje hacia Argentina. La escala en Dakar fue un momento que marcó la travesía. En el puerto subió gente de raza negra a ofrecer sus mercaderías. Catalina recuerda, “Al verlos me aferré llorando a mi madre porque nunca había visto personas de color. Era muy pequeña y me asustó mucho”.

Finalmente, el 12 de julio de 1954 llegaron a Buenos Aires. Estuvieron dos días en el Hotel de Inmigrantes, mientras su padre terminaba la documentación. Ellos traían el Certificado de Sanidad que se les exigía. “En aquella época la viruela era una enfermedad muy riesgosa y para embarcar todos debíamos vacunarnos ¡todavía tengo la marca!”, dice Dolores.

La llegada a Córdoba fue otra experiencia inolvidable. Viajaron en tren, llegando a la Estación General. Mitre. Eran tiempos de revolución, y el trayecto hasta la ciudad de La Calera debieron realizarlo en un mateo. “Éramos niñas y estábamos muy sorprendidas frente a tantas cosas nuevas. Eran una novedad y nos ponía muy ansiosas imaginar lo que nos esperaba en estas nuevas tierras.”

Ya en La Calera la familia comenzó a reestructurarse. Allí los esperaba su tía Ana quién los hospedó. Ella estaba casada con un inglés de apellido Hamilton, y vivía con sus hijos y su madre. “¡Recuperamos una parte de nuestras raíces!”, exclaman las hermanas.

Al principio su padre, Juan Bautista, trabajaba como enfermero, pero al tiempo consiguió trabajo en la Asociación de la Cal de La Calera. Esto permitió a la familia instalarse en una casa propia.

“Papá era una persona muy perseverante y siempre cumplía sus objetivos. En Córdoba le revalidaron el título de Bachiller, y entonces empezó a estudiar en la Escuela de Lenguas. Finalmente se recibió de profesor de Literatura Española, y cumplió uno de sus sueños más preciados. Mamá fue muy importante en todo esto. Ella sólo había terminado sus estudios primarios, pero apoyó mucho a nuestro padre y lo ayudaba a estudiar”, aseguran las hermanas.

Catalina y Dolores también continuaron sus estudios. La escuela de la Calera fue el nuevo lugar de formación. Repasando su llegada al establecimiento, recuerdan miradas de curiosidad. Todos las hacían hablar porque les llamaba la atención su pronunciación, “A nosotras nos divertía mucho. ¡Si hasta nos esmerábamos en disfrazar nuestra tonada! Además no había fiesta escolar en que no nos hicieran bailar! La abuela fue quién siguió educando a Catalina y a Dolores según costumbres españolas...y ella fue quien les enseñó bailes típicos murcianos.

Finalizada la escuela las Martínez García siguieron formándose. “Papá nos había inculcado continuar conociendo y creciendo”. Así fue como mientras Juan Bautista terminaba su carrera, Catalina comenzó el mismo profesorado. Dolores por su parte estudió Bellas Artes.

Tras largos años de distancia y cierta nostalgia, Catalina volvió a Cieza en dos oportunidades. La primera fue en el año 1972, gracias a un Concurso que ganó en la Revista “Carta de España”. Esta fue una importante posibilidad, que a su vez permitió a Amparo volver a su añorado terruño junto a su hija. Catalina recuerda su llegada conmovida, “Fue algo increíble. Toda nuestra familia estaba allí esperándonos con carteles y una algarabía enorme. Mi madre estaba muy emocionada. Su corazón no soportó tanta emoción y sufrió su primer infarto”.

Catalina había vuelto a sus raíces y allí se quería quedar. Su sueño era vivir en su tierra y dar clases de literatura. Así, mandó a pedir los papeles de su título a Argentina y presentó todo en Madrid. Se volvió a Argentina y al poco tiempo una tía le avisó que había sido nombrada profesora de Castellano en Cieza. A pesar de que no quería alejarse de su madre porque estaba muy enferma, Catalina viajó a España. Sin embargo, al llegar se encontró con la triste noticia de que no le habían podido revalidar el título en Madrid, a pesar de los cinco años de esfuerzo que le había insumido conseguirlo. Finalmente regresó para Argentina.

Allí ambas hermanas formaron sus familias: Dolores se casó con Eduardo Quevedo en el año 1972, descendiente de españoles y tuvieron tres hijos y ahora

disfrutaban de dos nietos, “y uno más viene en camino”; Catalina se casó en 1974 con un hijo de alemanes, y es docente jubilada.

Argentina fue un lugar de acogida, donde Catalina y Dolores crecieron y se formaron, sin embargo Cieza es su gran amor, su tierra natal. La recuerdan con emoción y gran nostalgia. Aún conservan contactos con su familia española gracias a ciertas gestiones realizadas por Catalina en el Ayuntamiento, “Hoy nos comunicamos periódicamente con nuestros primos”.

Así, tradiciones españolas siguen tiñendo a la familia Martínez García. El tejido a bolillo fue la actividad que se perpetuó entre las hermanas. “¿Te acuerdas de Casa Alemany, donde conseguíamos los patrones para hacerlo?”. Dolores y Catalina no pueden olvidar sus manos trabajando y vistiendo a sus hijos. Aún guardan los bastidores y los palillos.

El aroma a comida murciana fue siempre característico en la cocina de las Martínez García. “A mamá le gustaba preparar diferentes comidas: zarangollo, gachas miga duras que comíamos con uvas, o blandas que se hacían con coliflor. Los postres eran otra especialidad. Los más famosos eran los mantecados de cerdo. Una vez, Eduardo, el por entonces novio de Dolores, de una sentada se comió ¡una docena! Los polvorones, las natillas, la leche frita y el dulce y las empanadas de cayote eran otras delicias.” Buena escuela fue la madre de Catalina y Dolores. Actualmente ellas siguen preparando los mismos platos que compartían en su hogar, y a su vez se los han enseñado a sus hijos, “ para que cocinen como en Cieza”, aseguran.

Ya cae la noche en Villa Allende... es hora de guardar fotografías y recuerdos...

Catalina y Dolores Martínez García